

SAN LEODEGARIO, OBISPO Y MÁRTIR, Y SAN GERINO,
MÁRTIR, HERMANOS.

SAN Leodegario fué de la sangre real de Francia; por lo cual faltando sus nobilísimos padres, le dejaron en poder del rey Clodoveo, el cual le recibió como si fuera hijo suyo y le entregó al obispo Pictaviense, tío suyo, para que le enseñase todas las artes y buenas letras, en que salió tan diestro y docto como virtuoso, que era lo que mas estimaba el santo obispo Didon su tío; por lo cual le ordenó de sacerdote y dió la dignidad de arcediano de su iglesia, deseando le sucediese en el obispado, por ver cuanto lo merecian sus virtudes y letras, y sobre todo la pureza de la castidad, en que competia y emulaba á los mismos ángeles: al fin, siendo tan grande su nobleza, era mucho mas grande su virtud, con que obligaba á poner en él los ojos para dignidades altas. Habiendo perdido á su abad el monasterio de S. Majencio, en la diócesis de Poitiers, obligó el tío á Leodegario á tomar á su cargo el gobierno de aquella grande abadía, que tuvo en efecto seis años con gran reputacion de prudencia y santidad. Murió Clodoveo y sucedióle en el reino su hijo Clotario III en el año de 656, el cual reconociendo ser muy niño, por consejo y ruegos de su madre Sta. Batilde y de muchos principes y obispos, trajo á su palacio á Leodegario para que con su discrecion, virtud y prudencia grande gobernase el reino todo. Aquí sobresalian tanto sus virtudes, que el rey, no contento con haberle dado tanto honor, le nombró obispo de Autun en el año de 659. A los diez años de su obispado murió el rey Clotario III, y el santo obispo Leodegario, por voluntad de Dios y parecer de todos los principes que le asistian, dió el reino á Childerico, hermano de Clotario. Pero como en semejantes casos no todos consiguen su gusto, Ebroino quedó disgustado; y procuró que Teodorico, hermano tambien del rey Childerico, reinase; porque este solo amigo habia conservado en el tiempo que habia sido mayordomo mayor de la casa del rey Clotario, habiéndose hecho á todos odioso por su soberbia vana.

Bien claro se ve que Ebroino no miraba la convenienciam del reino, sino la suya propia; pero por el mismo caso fué su parecer de todos menospreciado; y así él, considerando cuan abatido habia de verse habiéndose hecho á todos odioso y al mismo rey que no habia querido admitir, se fué al monasterio de Luxeu, y allí se ocultó en hábito monacal. El rey por evitar disturbios, puso á su hermano Teodorico en custodia decente y se-

gura; y S. Leodegario era único señor del rey y el reino, con que gozaba de tanta paz toda Francia, que bien se conocia obraba la mano poderosa de Dios por medio de su siervo Leodegario. No dormia la sierpe del abismo, envidiosa siempre; y así pasado un año de tanta paz y quietud, comenzó á sembrar zizana. El rey que era jóven y de temperamento acre, se abandonó al fin á los deleites, y se casó con una prima hermana suya. S. Leodegario le amonestó primero en secreto, y luego viendo inútiles sus esfuerzos, se atrevió á reprenderle en público. Así que en breve tiempo todo el amor que el rey tenia al santísimo obispo Leodegario, incitado de algunos cortesanos, se convirtió en odio mortal, de suerte que todo era maquinarse trazas para darle la muerte. Bien supo Leodegario quienes le hacian el mal; pero habiendo aprendido de su maestro Jesus á hacer bien á sus enemigos y volver bien por mal, los convidó á todos y al mismo rey con ellos para que el dia santo de la Pascua le celebrasen con él en su ciudad Eduense, que era donde tenia su silla pontifical. Admitió el rey el convite, y vino con todos los traidores enemigos del santo obispo, á quien dieron aviso como el rey tenia dispuesto darle aquella noche cruel muerte.

No se turbó por esto el ánimo de Leodegario, antes con mucha paz y sosiego admitió al rey, celebró su misa, y le dió la comunión, como Cristo hizo á Judas. Pero acabados los oficios, sabiendo que la ira del poderoso mal informado se vence mejor con la ausencia que con súplicas ni ruegos, se fué al monasterio mismo donde estaba Ebroino, y allí le servia á él y á todos los monjes con rara humildad y alegría de ánimo. A pocos dias murió el rey Childerico en pago de su depravada intencion, y los eduenses viendo que reinaba Teodorico su hermano, fueron todos al monasterio por su santo obispo, pidiéndole con muchas lágrimas no les desamparase siquiera que no se perdiesen; á cuyos ruegos se llegó el mandarle el abad volviere á gobernar y dar pasto á sus ovejas, con que hubo de obedecer, y fué recibido en su ciudad con toda honra y universal muestra de alegría y regocijo. Ebroino, que supo que reinaba Teodorico, apostató al instante dejando el santo hábito que indignamente vestia, y se fué á la corte. Recibióle el rey con todo cariño y dióle los mayores cargos de su corona, y sobre todo su privanza. Soberbio con ella Ebroino, todo su anhelo era, no cuidar de la paz y quietud del reino, sino solo de quitar la vida al santo obispo. Lo primero que hizo fué enviar soldados que lo prendiesen. Estaba predicando á su pueblo, y conociendo querian defenderle, les pidió no hiciesen tal; y así en su hábito pontifical, acompañado de infinitas lágrimas

de los suyos, salió á recibir los soldados, los cuales le prendieron con furor y rabia, y si no le quitaron la vida fué porque no tenían orden para ello; pero le sacaron los ojos, pareciéndoles que en esto lisonjaban al traidor y apóstata Ebroino, y así ciego lo dejaron preso en una abadía.

Pasados dos años, hizo Ebroino que le trajesen á palacio al santo obispo Leodegario y á su hermano GERINO, á quien con otros muchos tenia desterrado y preso; y como quisiese burlarse de ellos en presencia del rey, los dos gloriosos santos hermanos respondieron á sus bárbaras é indecentes preguntas con gran modestia y humildad, de lo cual enfurecido el traidor apóstata mandó que á Gerino lo apedreasen, lo cual se ejecutó, y murió mártir glorioso como otro S. Estéban, pidiendo perdón por sus enemigos; y que su hermano Leodegario le trajesen todo el día descalzo, haciéndolo pasar sin parar por un río que corría sobre unas agudísimas piedras, para que fuese cruelmente herido y atormentado. Ejecutaron los verdugos la rigurosa sentencia, y el invicto mártir de Jesucristo se paseaba y alababa á Dios en tan gran tormento, de lo cual avisaron á Ebroino, y furioso le hizo sacar la lengua y cortar los labios, y luego lo mandó poner en custodia para discurrir nuevos géneros de rigores con que atormentarle. Pero el bendito Santo no por eso perdió el hablar, antes hablaba y predicaba al pueblo sin lengua tan bien y mejor que cuando la tenia, y profetizó lo que habia de suceder en el reino, y cómo y cuándo moriria el traidor Ebroino y otros muchos, lo cual todo se cumplió de la manera que el santo mártir lo dijo; porque habiendo el rey con su amigo Ebroino hecho un concilio, en él sucedió que uno de aquellos que se habian atrevido á poner sus sacrílegas manos en el santo obispo Leodegario, de allí fué desterrado y á pocos dias degollado: otro á quien Ebroino agradecido por lo mismo habia dado el obispado del glorioso Santo, convencido de un grave delito y azotado públicamente, se ahorcó.

Luego fué mandado traer Leodegario, y para que no comparciese entre los obispos del concilio, fué mandado detener fuera; pero estando fuera de él le preguntaron algunas cosas, á que respondió fielmente; y asimismo dijo cuándo y cómo habian de morir los dos, esto es, Ebroino y él mismo. Ebroino entonces, viendo que Leodegario habia profetizado públicamente su martirio glorioso y la desastrada muerte de él con su condenacion eterna, furioso se salió del concilio y mandó á un soldado tuviese en custodia al mártir glorioso. El soldado se lo llevó á su casa, y el santo obispo padeciendo gran sed, pidió un poco de

agua á uno de la calle, el cual se la dió; y al instante bajó del cielo una inmensa luz que á modo de corona rodeó la cabeza del Santo, á cuya vista se convirtió el que le daba á beber, su familia toda y otros muchos de la calle que vieron la luz y oyeron predicar al Santo. Esta nueva llevaron á Ebroino infinitos que vieron bajar la luz del cielo y coronar su cabeza, pero el infiel apóstata, rabioso de envidia, envió cuatro verdugos que lo degollasen el instante, los cuales tres se convirtieron á la fe de Jesucristo oyendo predicar al Santo y le pidieron perdón, y el cuarto diciéndole mil oprobios, le degolló; y viendo al santo cuerpo inmóvil despues de haberle cortado la cabeza, le dió un puntapié y lo echó en tierra; pero al instante pagó el desacato, porque se apoderó de él el demonio, y furioso lo arrojó al fuego, donde acabó su vida miserable rabiando y abrasado.

Dos años habian pasado del martirio del gloriosísimo Leodegario y por su intercesion hacia nuestro Señor infinitos milagros, cuya noticia llegó á oidos del apóstata Ebroino; el cual atormentado de envidia de oír publicar tantas glorias de su enemigo, envió un soldado adonde habia sido sepultado el cuerpo glorioso para que se informase de la verdad: llegó arrogante y soberbio el soldado como quien le enviaba pudiera, y dando con el pié á la tumba dijo: *Muera quien dijere y creyere que un muerto puede hacer milagros.* ¡O maravilla de Dios siempre grande! al instante fué aquel mal hombre arrebatado del demonio, y murió allí mismo de repente y desdichadamente; con que con lo mismo que quiso (por lisonjear á su señor) vituperar al santo obispo y glorioso mártir, con eso mismo, á vista de prodigio tanto, le ensalzó y glorificó mas. La nueva de tan estupendo caso llegó al instante á oidos del apóstata Ebroino, y rabiando de envidia cuando solicitaba oscurecer la gloria de tan gran Santo, murió al golpe de una espada en el mismo dia y de la misma suerte que lo habia profetizado el bendito mártir Leodegario. Así se cumplieron del gloriosísimo obispo las profecias, y así vengó Dios su gloriosa muerte, la cual fué á los dos dias del mes de octubre por los años del Señor de 685. Despues fué trasladado su cuerpo glorioso al lugar y monasterio de S. Majencio donde habia sido abad, haciendo tantos y tan innumerables milagros por el camino, y despues en su glorioso sepulcro, que ninguno llegó con molestia o enfermedad alguna, que no volviese sano y bueno á su casa.

La misa es en honor del santo Angel de la Guarda, y la oracion la que sigue :

O Dios, que con inefable providencia te dignaste enviar tus santos ángeles para que nos guarden; concede á nuestros humildes ruegos, que despues de defendidos por su continua proteccion en la tierra, seamos por toda la eternidad compañeros suyos en la gloria. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 23 del Exodo.

Esto dice el Señor : He aquí que yo enviaré mi ángel que vaya delante de tí, y te guarde en el camino, y te introduzca en el país que yo he preparado. Venérale, y escucha su voz, y mira no le desprecies; porque no te perdonará si pe-

cares, y mi nombre está en él. Pero si escuchares su voz, é hicieres todo lo que yo digo, seré enemigo de tus enemigos, y perseguiré á los que te persiguen : y mi ángel caminará delante de tí.

REFLEXIONES.

Yo te enviaré mi ángel, que vaya delante de tí, que te guarde en el camino, y te introduzca en la tierra que te tengo prevenida. El cuidado que tiene Dios de nosotros es una prueba muy clara de su bondad y de su infinita misericordia. ¿ Pero se podrá imaginar ingratitud mas torpe ni mas escandalosa; podrá darse prueba mas evidente de un perverso corazón, que no hacer reflexión á estos paternales desvelos, á esta eficaz atencion, á esta solicitud de cariñosa madre, que continuamente tiene Dios de nosotros? No contento con velar continuamente en nuestros intereses, nos señala un gobernador, un preceptor, una guia; y no como quiera, sino de su misma corte, de en medio de sus mas insignes favorecidos va á escoger y á entresacar á este sabio conductor y ayo de sus hijos. Siempre encarga este cuidado á uno de sus mas nobles y mas estimados cortesanos, á uno de aquellos principes de la corte celestial, que asisten de oficio delante de su trono. ¡ Oh, y qué amable es esta divina Providencia! Pero, ¿ y cómo la agradecemos nosotros, siendo así que nos preciamos de tan agradecidos á los menores servicios que nos hagan nuestros amigos? Si estuviera en nuestra eleccion escoger una guia que nos condujese por el escabroso, por el espi-

noso camino de esta vida, ¿ nos hubiera pasado por la imaginacion escoger un ángel para un ministerio tan importante, pero al mismo tiempo tan inferior á la elevada dignidad de aquellos ministros del Altísimo? Pero lo que nosotros no nos atreveríamos á pedir, lo que no osaríamos siquiera imaginar sin temeridad y sin cierta especie de estravagancia, eso es lo que Dios nos concedió. Apenas nacimos á este mundo, y aun antes de ver la luz de él, tiene cada uno de nosotros un ángel encargado de gobernarnos, que cuida de desviar de nosotros todo lo que nos puede perjudicar en aquella edad en que somos incapaces de ayudarnos, en que arrollada todavía la razon, no se puede desenvolver para prevenir por sí misma tantos peligros, tantos tropiezos y tantos lazos. No hay menos que temer en lo restante de la vida; pero nuestro fiel guia que todo lo prevé, y es tan poderoso como despejado, no nos abandona un momento. ¿ Y cuál es nuestra correspondencia á tan señalado beneficio, ya sea respecto de Dios, ya respecto de los santos ángeles? ¿ Cuántos pasan la vida sin haber hecho la menor espresion de agradecimiento á su fidelísimo guia? Siéndole deudores de infinitos beneficios, ¿ cuántos mueren sin haber honrado, amado y dado gracias al ángel de su guarda? ¡ Oh escandalosa ingratitud! ¡ ó torpe olvido! que debe revolver y alborotar un corazón verdaderamente cristiano.

El Evangelio es del cap. 13 de S. Mateo.

En aquel tiempo: Se llegaron á Jesus los discípulos diciendo: ¿ Quién juzgas es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesus á un niño, le puso en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo, que si no os trasformais, y haceis como niños, no entrareis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se humillare como este niño, ese será mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiese en mi nombre á un niño como éste, me acoge á mí mismo. Pero el que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que creen en

mi, le seria mejor que le colgasen del cuello una piedra de molino, y ser sumergido en el profundo del mar. ¡ Ay del mundo por causa de los escándalos! porque es cosa necesaria que haya escándalos; pero hay de aquel hombre por cuya culpa viene el escándalo. Si tu mano ó tu pié te escandaliza, córtale, y échale de tí: mejor te es entrar á la vida débil ó cojo, que ser echado al fuego teniendo dos manos ó dos pies. Y si tu ojo te sirve de escándalo, sácatele, y échale de tí: mejor te es entrar á la vida con un

ojo, que ser echado al fuego os hago saber, que sus ángeles del infierno teniendo dos ojos. en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en de estos pequenuelos; porque ellos.

MEDITACION.

De la devocion del santo Angel de la Guarda.

PUNTO PRIMERO.— Considera que despues de la devocion á Jesucristo nuestro Salvador y nuestro Dios, y á la santísima Virgen nuestra buena madre, nuestra devocion, nuestra veneracion y nuestra confianza se debe dirigir al santo Angel de nuestra guarda. El es uno de aquellos espíritus bienaventurados que componen la corte del Altísimo; él es uno de los príncipes de la celestial Jerusalem, dispensador de la gracia del Todopoderoso, con quien tiene grande valimiento, particularmente cuando se interesa en la salvacion de aquella persona que se fió á su cuidado, y de quien es ángel tutelar. Desde el mismo instante de nuestro nacimiento nos confió Dios á esta celestial inteligencia, á este su favorecido, y á este espíritu bienaventurado. ¡Con qué respeto debemos estar en su presencia! ¡qué ternura, qué agradecimiento le debemos profesar, siendo una guía, un fiel compañero, que ni por un solo momento se aparta de nuestro lado! ¡con qué docilidad debemos obedecer sus inspiraciones, y escuchar sus secretos, sus saludables consejos! ¡cuánta confianza debemos tener en él! La majestad de los reyes imprime tanto respeto, que sola su presencia contiene á todos en su deber. *El menor del reino de los cielos, dice el Salvador, es mayor que el mas grande de la tierra.* El inferior de todos los ángeles del cielo es superior á todos los monarcas de la tierra. ¿Con qué circunspeccion debemos estar á vista de él? ¡Ah, cuántos y cuántos quizá no pensaron nunca que estaban á la vista de su santo ángel! Perpetuamente está junto á mí aquel espíritu tan noble y tan puro; testigo es de todas mis acciones: no doy un solo paso sin que él me siga; ¡y se pasarán semanas, meses, y acaso tambien años sin pensar siquiera que tengo á mi lado á mi santo ángel! No hay descuido mas impío; no hay olvido mas torpe. Un amigo de este carácter, un protector de esta santidad, de esta excelencia; y yo sin hacer mas caso de tan respetable compañía, que si jamás estuviera junto á mí. Mi Dios, ¡cuánto dolor nos causará algun día esta falta de respeto!

PUNTO SEGUNDO.— Considera cuanto nos empeñan en un vivo y continuo reconocimiento los importantes servicios que sin cesar nos está haciendo el santo Angel de nuestra guarda. ¡Qué cuidado tiene de nosotros! ¡qué buenos oficios no nos presta desde el mismo punto que nacemos! ¡de cuántos peligros nos defiende en la niñez! ¡de cuántos nos saca en la juventud! ¡cuántos importantísimos obsequios le debemos en todo el curso de la vida! ¡y cuánto nos podrá ayudar en la hora de la muerte! Algun día sabremos lo que debemos á nuestro Angel de guarda; ¡pero qué sentimiento, qué dolor no haber advertido lo obligados que le estábamos, sino cuando ya no podemos darle ni la menor señal de nuestro agradecimiento! ¡cuánta será nuestra amargura cuando presentándonos ante el tribunal de Dios, al salir de esta miserable vida, veamos á nuestro lado aquel bienaventurado espíritu, aquel ángel tutelar, que no nos abandonó ni un solo momento, cuyos saludables avisos despreciamos, á quien tantas veces contristamos con nuestros voluntarios descaminos, y cuya presencia nunca nos mereció el menor respeto! ¡cuánto será el furor, cuánta la rabia, cuánta la desesperacion de los infelices condenados cuando se vean precisados á separarse de sus santos ángeles de guarda por toda la eternidad! Preven-gamos á lo menos estos crueles, pero ya inútiles remordimientos, y reparemos la pasada ingratitud con un reconocimiento continuo. Pues dia y noche está con nosotros el Angel de la guarda, no le perdamos de vista. Debemos profesar una puntual obediencia á todas sus órdenes, una perfecta docilidad á todos sus consejos, y una entera confianza en su proteccion. Si tuviéramos un amigo poderoso, despejado, fiel y zeloso de nuestros intereses, ¿dejaríamos de recurrir á él en todos nuestros trabajos, ni de consultarle en nuestras dudas? Sus consejos serian leyes para nosotros, nos impondríamos una como obligacion de venerarlos y de seguirlos, teniendo en eso particular complacencia. ¿Trataríamosle por ventura con menos confianza? Nuestro Angel de guarda es ese fiel amigo, que posee ventajosamente todas esas prendas; pues de la misma manera nos debemos portar con él. Siempre que sentimos algun movimiento, que nos inclina al bien, ó nos desvia del mal, es una inspiracion que nos procura, es un buen consejo que nos da; ¡y nosotros le despreciamos, y le pospónemos á las sugestiones del demonio, cuyo único fin es hacernos compañeros de sus tormentos, haciendo que lo seamos de su sediciosa rebelion! Estando encargado de nuestra conducta, solo respira deseos de nuestra salvacion; solo está atento á que venzamos al enemigo

de ella, y empeñado en que superemos los estorbos que nos salen al encuentro para conseguirla. ¡Con qué ardor, con qué confianza, con qué presteza debemos recurrir al Ángel de la guarda en todas las tentaciones, en todos los peligros, en todos los negocios importantes y dificultosos!

¡Mi Dios, qué dolor, qué confusion es la mia cuando considero el poco caso que he hecho hasta aquí de un protector tan poderoso, de un amigo tan fiel, y de un guía á quien debo infinitas obligaciones! ¡Cuántas veces le falté al respeto en su presencia! ¡qué ingrato fui á todos sus beneficios! ¡qué poco amor le he tenido! ¡y qué poca confianza me ha merecido su asistencia! Haced, Señor, que esta humilde confesion, junta á mi doloroso arrepentimiento, me consiga el perdon de mis faltas, que voy á reparar en lo restante de mi vida.

JACULATORIAS. — Nunca me olvidaré, Señor, de cantar tus alabanzas en presencia del Ángel de mi guarda. (*Psalm. 137.*)

Bendito sea el Señor, que se dignó darme un ángel para que cuidase de mí. (*Dan. 3.*)

PROPOSITOS.

1 No basta conocer la dicha que tenemos en lograr un ángel custodio destinado por Dios para velar sobre nosotros y para dirigirnos. No basta estar bien persuadidos á las muchas obligaciones que le debemos. Es menester manifestar en nuestro porte regular nuestro respeto, nuestro amor y nuestro agradecimiento. Debe crecer cada dia nuestra devocion al paso que son mayores cada dia los beneficios de nuestro conductor. Ninguno se te pase sin honrarle con algun obsequio particular, acabando todos los dias las devociones de la mañana y de la noche con esta oracion al Ángel de la guarda: *Angele Dei, qui custos est mei, gratias ago tibi pro omnibus beneficiis mihi à te collatis. Me tibi committam pietate superna, hodie et quotidie illumina, custodi, rege et governa: et in hora mortis mee ab hoste maligno me defende.* «Ángel de Dios, destinado á mi custodia, gracias te doy por todos los beneficios que he recibido de tu mano. Y pues la soberana piedad del Señor se ha dignado ponerme á cargo tuyo, alumbrame, guárdame, dirigeme, y gobiérname en este dia, y en todos los de mi vida, defendiéndome del maligno enemigo en la hora de la muerte.» Nunca dejes de confesarte y comulgar en la fiesta del Ángel de la guarda. Invócale continuamente en todas tus necesidades. No emprendas cosa considerable sin im-

plorar su asistencia; y cuando hagas viaje di al comenzar tu jornada la oracion que se reza hoy en la misa.

2 Aunque todos los dias debemos honrar á nuestro santo ángel, y aun invocarle muchas veces cada dia, hay uno en la semana consagrado particularmente á su culto, y este es el martes. Reverénciale singularmente en este dia, y no dejes de rezarle en él la oracion siguiente:

O fidelissime comes à Deo tutelæ mee assignate; protector et defensor meus, numquam recedens à latere meo; quas tibi gratias referam pro fide, amore, innumerisque in me collatis beneficiis? Tu dormienti advigilas, mæstum solaris, dejectum erigis, imminetia pericula avertis, futura doces cavere, à peccatis abstrahis, ad bonum impellis, lapsum ad pœnitentiam hortaris, Deoque concilias. Jam dudum fortassis in infernum detrusus fuisset, nisi tuis precibus divinam à me iram avertisse. Ne, precor, me unquam deseras. In adversis solare, in prosperis contine, in periculis tuere, in tentationibus adjuva, ut vis numquam succumbam. Preces, et gemitus meos, omniaque pia opera divino conspectui offert, atque effice, ut in gratia ex hac vita perveniam ad vitam æternam. Amen.

«O fidelísimo compañero y custodio mio, destinado por la divina Providencia para mi guarda y tutela, protector y defensor mio, que nunca te apartas de mi lado, ¿qué gracias te daré yo por la fidelidad que te debo, por el amor que me profesas, y por los innumerables beneficios que cada instante estoy recibiendo de tí? Tú velas sobre mí cuando yo duermo, tú me consuelas cuando estoy triste, tú me alientas cuando estoy desmayado, tú apartas de mí los peligros presentes, me enseñas á precaver los futuros, me desvias de lo malo, me inclinas á lo bueno, me exhortas á penitencia cuando he caído, y me reconcilias con Dios. Mucho tiempo ha que estaria ardiendo en los infiernos si con tus ruegos no hubieras detenido la ira del Señor; suplicote que nunca me desampares. Consuélame en las cosas adversas, modérame en las prósperas, librame en los peligros, ayúdame en las tentaciones para no dejarme vencer de ellas jamás. Presenta ante los ojos de Dios mis oraciones, mis gemidos y todas las buenas obras que yo hiciere, consiguiéndome que desde esta vida sea trasladado en gracia á la vida eterna. Amen.»